

**Sumario:**

*Desde una breve caracterización de la actual generación juvenil, se nos invita a reflexionar sobre los rasgos de una espiritualidad cristiana juvenil en los comienzos de este siglo. Una espiritualidad que tiene su punto de partida en un encuentro vital con y en un enamoramiento de la persona del Señor Jesús, alimentados por la liturgia, la oración, la lectura orante de la Palabra, la experiencia de la cruz, la vida de santidad... Es una espiritualidad que, por haber nacido del encuentro con Cristo vivo, se proyecta, necesariamente, hacia la comunidad eclesial y la sociedad.*

**Espiritualidad  
cristiana juvenil en  
los comienzos del  
Siglo XXI  
Una invitación a la  
experiencia mística, a la  
comunión y a la misión**

**P. Cristián Precht Bañados**

Vicario de la Esperanza Joven (1989-1995).  
Secretario Adjunto del CELAM (1995-1999).  
Actualmente Vicario Episcopal de la Zona Sur de la  
Arquidiócesis de Santiago de Chile. Chileno.  
E-mail: [cprecht@iglesia.cl](mailto:cprecht@iglesia.cl)

**R**eflexionar sobre los jóvenes es siempre un desafío estimulante pues cada generación trae lo suyo y hay que estar atentos a esas novedades. En este breve ensayo nos proponemos reflexionar sobre la espiritualidad cristiana juvenil en los comienzos del tercer milenio. En concreto, procuraremos ofrecer una breve caracterización de la actual generación juvenil – necesariamente muy general - y, pensando en ella, ofrecer los rasgos de su espiritualidad.

## 1. Jóvenes en el siglo XXI

Es propio de estos tiempos vivir quejándonos por lo que acontece, quedándonos encerrados en núcleos muy pequeños de familia, amigos o asociaciones transitorias. El mundo grande y globalizado nos supera con mucho y tendemos a refugiarnos en el individualismo de personas o de grupos. O bien, como sucede cuando la desesperación golpea fuerte, saliendo a la calle a protestar anárquicamente y sin liderazgos claros.

### 1.1 *Una generación privatizada*

Esto marca profundamente la vida de los jóvenes que han nacido *privatizados* y, por lo mismo, subjetivos, con una crítica generacional a lo institucional –sean estos partidos políticos, Iglesia, sistema electoral y hasta el mismo matrimonio– queriendo inaugurar otras formas de asociación más pequeñas e informales. Pienso, por ejemplo, en aquellos que no quieren casarse con el sacramento del matrimonio pero inventan su propia ritualidad y desean que, en lo posible, haya un sacerdote presente. No a la institución, pero sí al sentido y a un rito más privado. En este contexto, que destaca tanto lo subjetivo, lo objetivo de toda moral resulta más difícil de asumir. Si se subrayan las sensaciones, la interioridad queda falta de silencio. Si se tiende, como sucede, a privilegiar las experiencias los procesos resultan más difíciles de lograr.



Pero, curiosamente, en un tiempo en que lo privado ocupa un espacio creciente, en todos los campos de la vida, a la hora de exigir las soluciones, se pide en nuestros países que “alguien” las resuelva tornando habitualmente la mirada hacia el Estado (Gobierno, Congreso, Municipio) o hacia la Iglesia. Pienso sobre todo en las demandas sociales y laborales, así como en los temas de salud y educación. Y en éstos, como en otros temas, los jóvenes son más sensibles a los resultados concretos que a los discursos.

## **1.2 En una sociedad multicultural**

Por otra parte, vivimos en un supermercado de ofertas de sentido, en una sociedad que reclama la libertad de escoger, como un pilar fundamental, y con una creciente pluralidad cultural propia del mundo intercomunicado. Y esto que es de suyo una riqueza, si no está bien integrado, se presta para que todo dé lo mismo o para que, invocando un falso respeto por la libertad individual, se tienda a equiparar valores contrapuestos. Así, por ejemplo, hablamos de *matrimonio* para designar la unión estable y la unión transitoria, la unión de un varón y una mujer o la de la pareja de una misma “orientación sexual”, y así se nos confunden las palabras, las realidades, los sentidos.

Como todo da lo mismo, con tal que haya “respeto”, en general no nos metemos con los jóvenes en el tema de la inscripción electoral o en otras materias de orientación social o sexual, primando así una libertad desinformada. En definitiva caemos en un juego torpe y peligroso que se puede resumir en la frase: “esta es mi opinión... respétala tú así como yo respeto la tuya”. Con esta especie de juego defensivo, cada cual se queda con su “metro cuadrado”, asilado, cuando no equidistante, restringiendo decididamente la comunión con los demás. Y como todo tiende a ser aceptable – con tal que haya respeto o, por lo menos, tolerancia – se equiparan fácilmente las experiencias religiosas muy distintas: judíos, musulmanes, cristianos..., “total, en el fondo, se trata del mismo Dios”... Y se cae en la superficialidad de pensar que cualquier experiencia mística, con tal que “me” proporcione algo de paz y serenidad, es igualmente válida.

Es fácil, entonces, que cuando se aplanan los valores y se apagan las luchas mayores por cambiar el mundo; cuando la tecnología



bienvenida nos roba el silencio y la interioridad; cuando la globalización importa y exporta modas y modelos... haya búsquedas ardientes y algo vagas dirigidas hacia “lo” espiritual, “lo” valórico, y los ideales entren en letargo. Por eso hay que decirlo claro: los cristianos no creemos en espiritualidades ni en valores en abstracto. Los cristianos creemos en las espiritualidades y valores *encarnados* que son los que recibimos de Jesús y subsisten en Jesús. Para nosotros la cuestión valórica se basa en la experiencia del Señor y la espiritualidad es la vida que se despliega al ritmo del Espíritu de Cristo. Es una experiencia que se juega en la historia y que llama a la heroicidad, como la que han tenido los santos y santas de Dios.

### **1.3 Aliados de las causas más nobles**

Los jóvenes a quienes servimos son hijos de esta sociedad con sus bienes y sus males, sus dones y carencias, y no podemos pretender que sean diferentes, salvo por reacción a ella como sucede en toda adolescencia. Pero ellos mismos y ellas mismas, siempre estarán dispuestos al entusiasmo, a la generosidad, al desafío, al heroísmo, y a entregar con mucha fuerza los primores de su amor y de su afecto. Ellos son habitualmente los mejores aliados de las causas más nobles. Y cuando de ellas se trata, no escatiman esfuerzo ni se paralizan ante los infaltables “respetos humanos”. En cada joven y, en especial, en cada adolescente, lo difícil adquiere en él o en ella un carácter de desafío apasionante.

En muchos lugares del Continente, gracias a Dios y a una larga tradición de Pastoral Juvenil, los jóvenes se vinculan a la Iglesia y le importan sus pastores y asesores. ¡Un capital inapreciable que no hay que dar por descontado! En el caso de Chile, desde hace unos cuatro años, los jóvenes han vuelto a tener protagonismo en las calles, en las luchas juveniles y en la solidaridad que se abre paso en medio del individualismo del mercado. En estos nuevos protagonismos está muy presente, en muchos de ellos, el impacto personal y social del Encuentro Continental de Jóvenes celebrado por la Iglesia en 1998.



## 1.4 Con el “ruido” de las causas menos nobles

Es fácil que esta fuerza juvenil presente y emergente sea silenciada por el ruido cotidiano de la droga ilícita, de la sexualidad precoz, de robos y violencias, que también son juveniles. Pero, queda claro, eso no se arregla con más policías ni con el culto omnipresente a la seguridad. Tampoco se arregla con aquella enseñanza colegial que apunta más a cómo prevenir que a cómo orientar, sobre todo en materia sexual y genital. Y menos se arregla adelantando la edad de responsabilidad penal ni delegando en la ley todos los problemas como si, por establecer la normativa, todo se aclarara.

No dudo de la importancia de las leyes ni de su valor pedagógico. Pero de poco sirven estas normas si no trabajamos con aún mayor ahínco en el campo de las convicciones. Así lo hizo Jesús con sus discípulos y así lo ha hecho decididamente el Papa, especialmente en sus homilías geniales de la última Jornada Mundial de la Juventud, especialmente en la Vigilia, cuando provoca a los jóvenes a decidir sobre qué fundamento quieren construir el futuro del milenio<sup>1</sup>.

## 2. Una espiritualidad para los jóvenes

En este contexto, proponer algunos rasgos de espiritualidad cristiana y algunos caminos para lograrlos es un desafío entusiasmante. Soy consciente de las limitaciones de esta propuesta y consciente también que estará contaminada por mi inserción en Chile. La entrego confiado en que pueda servir de punto de partida y, a otros, de simple inspiración para lograr un producto más acabado.

La propuesta no es nueva: tiene ante sus ojos los últimos documentos del Papa Juan Pablo II, “Ecclesia in America” y “Novo Millennio Ineunte”, aunque no los cite entre comillas. En otro plano, tenemos el Plan Global del CELAM, las Orientaciones Pastorales de diversos episcopados y el texto aún vigente “Civilización del Amor, Tarea y Esperanza” que contiene las orientaciones para una Pastoral Juvenil

---

1. JUAN PABLO II, Homilías de la Vigilia y la Misa Conclusiva, Toronto, 28 y 29 de julio de 2002.



Latinoamericana (Bogotá, 1995). Entrego esta exposición con clara conciencia de una propuesta incompleta, abierta a ser enriquecida con otras mejores, basadas en sus propias experiencias, y con el conocimiento más acabado de los Mensajes Papales de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

## **2.1 *El encuentro vital con Jesucristo***

El punto de partida de toda espiritualidad está en un enamoramiento que cautiva el corazón. Gracias al Espíritu Santo se abren los ojos que aprenden a admirar, los oídos que aprenden a escuchar, los labios que aprenden a bendecir, las entrañas que acogen y dan vida, las manos que se abren para dar y los pies que corren para servir. En el centro de todo, el corazón palpita con un ritmo acelerado y nos recorre una sensación interior de calidez y urgencia, que querría abrazar y dejarse abrazar, conmover y dejarse conmover... Y unas ganas tremendas de contarle a otros lo que hemos visto y oído... la novedad insospechada que hemos descubierto... el amor que nos ha despertado del letargo y no nos vuelve a dejar quietos.

Estoy hablando del enamoramiento de la persona del Señor Jesús quien nos ha cautivado y nos sigue cautivando, nos ha seducido, nos ha abrazado. Lo hemos encontrado vivo y vital por los caminos de Galilea y de la historia contemporánea, y nos ha vuelto a seducir, como lo hizo con Francisco, Ignacio, Teresa y los santos y santas de nuestro Continente. Y como lo ha hecho también con aquellas personas más cercanas a nosotros que nos han contado el evangelio y a quienes invito a ponerle nombre y rostro para agradecerles su testimonio y su palabra. Así podremos descubrir cuán vivo y cuán vital es este encuentro con Cristo que todo lo remece, que todo lo conmueve y que nos llama a la aventura de la entrega para ir construyendo juntos un mundo con sabor a Reino y una historia que se transforme en evangelio. ¡Qué cada persona –cada joven– se transforme en evangelio! ¡Qué cada pueblo –cada comunidad juvenil– pueda contribuir a encarnar el evangelio y “apurar” la venida plena del Reino de los Cielos!

Por eso comprenderán ustedes – y con el mayor respeto lo digo – que no es lo mismo hablar de Yahvé, de Alá o del Padre de



Jesús, ni es lo mismo hablar de Buda, de Mahoma o Lao Tse. Lo digo con respeto hacia las otras religiones, a su proyecto y al nuestro. Y sé muy bien que ellos piensan de manera semejante, pues la comunión sincera sólo se produce cuando hay fidelidad a lo propio para acoger y valorar lo ajeno, sin caer jamás en una mezcolanza sincrética aunque ésta sea de apariencia muy irénica.

La experiencia del encuentro vivo con Jesucristo es la que hay que proponer, contagiar y estimular en los jóvenes, sin jamás darla por entendida... Como dice tan bien el Papa Juan Pablo hablando a la Iglesia en América:

“Jesucristo es la « buena nueva » de la salvación comunicada a los hombres de ayer, de hoy y de siempre; pero al mismo tiempo es también el primer y supremo evangelizador. La Iglesia debe centrar su atención pastoral y su acción evangelizadora en Jesucristo crucificado y resucitado. Todo lo que se proyecte en el campo eclesial ha de partir de Cristo y de su evangelio. Por lo cual, la Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. Este anuncio es el que realmente sacude a los hombres, despierta y transforma los ánimos, es decir, convierte. Cristo ha de ser anunciado con gozo y con fuerza, pero principalmente con el testimonio de la propia vida”<sup>2</sup>.

No es el momento para explayarnos sobre el tema, pero es necesario decir que el encuentro con Cristo, si es vital, se vuelve imitación (como en San Francisco), discipulado (como en la Virgen María) y seguimiento (como en San Ignacio). No una u otra actitud sino las tres que se complementan y enriquecen... y que son la puerta de entrada al testimonio y al apostolado. En verdad, la participación en la misión – como la caridad vivida y sufrida – es lo que en definitiva certifica la autenticidad del encuentro con Cristo.

Este llamado quisiera proponerlo en tres experiencias que están entrelazadas: la experiencia mística, la lectura orante de la Biblia, la experiencia de la cruz y, su consecuencia ineludible, que es una moral responsable que enseña libertad.

---

2. EAm 67,1



## **2.1.1 La experiencia mística: liturgia y oración**

### **a. Encuentros místicos y celebrativos**

Los jóvenes son especialmente sensibles a la experiencia mística, la que conmueve las entrañas, la que habla al corazón, Están llenos de búsquedas de “lo” espiritual y, por lo mismo, fácilmente se compran cualquiera de las que circule en el mercado, sean estas de proveniencia oriental o de la nueva era. Y, por la influencia de los medios, fácilmente el sincretismo de estas experiencias termina en una mezcla indeterminada de símbolos, creencias, colores y sabores.

Nosotros proponemos tiempos de oración en un contexto celebrativo. Es una pedagogía litúrgica que incluye la fiesta y el canto, la proclamación de la Palabra y el compartir una pregunta, la oración silenciosa y contemplativa en que vamos desplegando un cierto camino espiritual. Suelen ser Celebraciones de la Palabra en que se da lugar a la gestualidad y mucho al silencio acogedor. También puede ser la Liturgia de la Palabra de una Eucaristía. De esa manera los jóvenes se van iniciando en la oración y en la liturgia.

Así hemos orado y celebrado los personajes de la Biblia, haciéndolos pasar por la propia experiencia: por mis (nuestros) éxodos y exilios, por el Adán y la Eva, el Abraham y la Sara, el Juan, el Pablo o la Magdalena que hay en mí y en cada uno de nosotros. Noé no es sólo un personaje de la historia de salvación. Él es también la experiencia de salvación que tengo cuando las aguas me llegan hasta el cuello. Entonces experimento que Dios salva y me enseña a hacer una barca para enfrentar la crecida de las aguas hasta que pase la tormenta y estalle la paz.

Con este mismo método, y su referente antropológico, nos interesa aprender que todo en la vida puede pasar por la oración: podemos rezar la vida y la experiencia de los santos, la gracia y el pecado, el cuerpo y la propia sexualidad, los grandes y pequeños acontecimientos, el día Patrio o las elecciones, un huracán o un terremoto, el deporte o internet... Todo ello pasando por la iconografía (con abundancia de belleza), por la Palabra del Señor proclamada y comentada, y por la oración que reinterpreta lo vivido. En esta experiencia no





pueden faltar los salmos que son maestros para enseñar a orar la vida entera, desde sus profundas desolaciones, hasta los momentos gozosos que se llenan de aleluyas.

## **b. Encuentros y retiros**

Este es un punto de partida, pues se entiende que en los **encuentros y retiros** hay más tiempo para la oración más detenida... pero siempre con belleza, con el icono, la vela o el incienso, la luz y la música adecuados, usando los rincones sugerentes de la capilla o de la naturaleza, es decir, utilizando el lenguaje total. Después podremos internarnos en los Ejercicios Ignacianos o en la tradición carmelitana, dominica o franciscana, etc.... para crecer en la experiencia espiritual. Pero lo que sería imperdonable es que abandonemos a los jóvenes a sus búsquedas urgentes, sin ofrecerles el tesoro de la mística cristiana.

De alguna manera en estas experiencias se le habla a la subjetividad profunda del joven, pero siempre en comunión de fe y de Iglesia, y ayudando hacia el final a *articular una misión*, por simple que ella sea: desde invitar a un amigo o a una amiga al próximo encuentro hasta llegar a casa a contar lo que hoy hemos orado. Es decir, la interioridad y la misión, lo subjetivo y el mundo que nos rodea, la persona y la comunidad...

En el retiro, la comunidad toma rostros muy concretos que no siempre pertenecen al grupo habitual de referencia. Eso abre nuevos horizontes, da la posibilidad del intercambio y, al escuchar y acoger la experiencia de otros, surge en cada uno lo mejor de sí, el estímulo y la emulación fraterna. Desde luego, ayuda a darse cuenta de que son y somos muchos más de los que pensábamos los que quieren y queremos hacer en nuestra vida la experiencia de Jesús.

En estas y otras pedagogías, si se trata de experiencias místicas cristianas, además de conocer las fuentes – el Espíritu, la Liturgia, la Palabra – es necesario dar importancia:

- ***a la persona de Cristo y su misterio***, siempre al centro, sin jamás darlo por supuesto ni equipararlo a cualquier maestro o revelador, por respetable que este sea; la fe en la encarnación,



la fe en la resurrección de la carne, la fe en los cielos nuevos y en la tierra nueva, debe estar muy explícita en todo encuentro y en todo discernimiento. Este criterio es especialmente necesario a la hora de elegir cantos, poemas, oraciones y narraciones en que, en razón de la bienvenida apertura, a veces no somos lo suficientemente cuidadosos en sus contenidos;

- ***a la persona del hermano del que me hago prójimo*** y de aquel que está más lejos y más sufre. Como criterio de discernimiento, en cualquier manual de experiencia mística o religiosa, hay que ver si existe la conversión al prójimo “para cumplir la ley y los profetas” y evitar el ensimismamiento;
- ***a la comunidad eclesial***, representada en ese grupo de jóvenes presididos por un ministro de la Iglesia, e incorporando siempre a la oración las intenciones y necesidades del Santo Padre, del propio Obispo y de la Iglesia Particular;
- ***a los símbolos cristianos***, evitando respetuosamente aquellos que apuntan a otros referentes y evitando también que los símbolos –como la cruz al cuello– no se reduzcan sólo a una cuestión de estética. Se ha hecho común entre los jóvenes llevar de adorno un collar de cuentas, el ying y el yang, una runa, un triangulito, y hasta la estrella de David. Todo esto puede ser muy simpático y lleno de sentido para quienes creen en esos referentes, pero ¿cuál es el significado que le asigna el que lo lleva? ¿Es sólo estética o dice pertenencia? ¿De qué manera hablan de nuestra fe en Jesucristo?

Las experiencias místicas cristianas no buscan antes que nada la quietud del alma, sino el alma del corazón humano, para contemplar, conmover y proyectarnos. Ser cristiano es aprender a trascender, a salir de sí, a poner al “tú” antes que el “yo”, como lo hace el Verbo encarnado, Jesús Samaritano... Y en este amor cristiano, lo veremos, siempre aparece la cruz que trae paz estable sólo cuando nos atrevemos a besarla.

San Francisco hace su experiencia mística en los sueños, en sus peregrinaciones, pero lo que lo sacude es el beso del leproso. Y



todo por querer asemejarse a Cristo a quien ama con toda su alma. Teresita de los Andes vive espontáneamente con Jesús a quien descubre en su niñez, pero le quema el alma y decide entrar en el Carmelo para hacer de su vida una ofrenda por la humanidad. Y todo porque ese “Loco de amor me vuelve loca”...

Nuestra tarea es ayudar a los jóvenes encontrarse con Cristo en la historia, con Cristo encarnado, con el Cristo de la fe. Y hay que recordar que los jóvenes que golpean la puerta de la Iglesia no sólo son subjetivos. También admiran lo objetivo de la ciencia, de la técnica, así como los resultados matemáticos. Se interesan por la posibilidad de la vida extraterrestre y los mundos a que nos da acceso la informática. La mayoría vive un promedio de 4 a 5 horas diarias ante un televisor, o bien, ante la pantalla de un computador.

Esto es un nuevo reto para la experiencia religiosa. Si en el pasado pareció que la fe se alejaba de la ciencia y acabó alejando a la ciencia de la fe, no podemos dejar que en el presente suceda cosa semejante con la técnica. Es imperioso humanizar la técnica y utilizar sus aportes visuales, musicales y virtuales para la experiencia mística. Por eso los más jóvenes están llamados a hacernos orar frente al computador y tener con esos medios experiencias místicas más nobles y estimulantes que las experiencias eróticas que ya tienen su sitio en las páginas de la red.

### **c. Encuentros eucarísticos**

Estos encuentros místicos, personales y celebrativos, así como los retiros y tiempos de oración, introducen y acompañan el camino eucarístico comunitario. Nos interesa llegar a celebrar activa y conscientemente el sacramento de la Eucaristía. Y a que los jóvenes la descubran como la fuente de su espiritualidad, un momento culminante, un encuentro insustituible, y no puedan prescindir de ella en sus vidas. Por lo menos, de la Eucaristía dominical.

La Eucaristía sintetiza toda nuestra propuesta: ella es encuentro, ella es ofrenda, ella supone sacrificio –y da fuerzas para afrontarlo–, ella siempre culmina en comunión para la misión. Es la gran pedagoga de la vida cristiana: enseña a darle la primacía a la Palabra de Dios,



la centralidad a Cristo y el lugar de privilegio a los hermanos. Nos enseña a vivir con los brazos abiertos para acoger, los oídos abiertos para escuchar, los labios abiertos para bendecir, las manos abiertas para ofrecer, el corazón abierto para amar, y la vida dispuesta a entrar en comunión.

Nos desafía, pues, proponer y enseñar una espiritualidad eucarística que sea fuente, inicio, alimento del camino y de la vida, que dé sentido al trabajo y al dolor. En palabras de un amigo sacerdote: “La Madre Teresa de Calcuta encarna una espiritualidad eucarística moderna. Ella es icono de la caridad, del apostolado, del amor al heroísmo, de la entrega y de la adoración eucarística. Dicho con audacia, su vida ha sido una permanente Eucaristía”.

### **2.1.2 La lectura orante de las Sagradas Escrituras**

En esta pedagogía tiene un lugar destacado la Palabra de Dios que siempre saca de sí mismo y siempre objetiva la experiencia. Así lo hace en la celebración litúrgica para “romper el círculo ritual” que, de lo contrario, podría cautivarnos en sus ritos y volvernos sobre nosotros mismos. Eso es algo que la Palabra no permite. Desde luego, porque nos pone en comunión con el Rostro verdadero del Señor, porque muestra la actualidad de Jesús –sus palabras, sus gestos, sus sentimientos, sus deseos– y porque nos pone en contacto directo con el Espíritu que todo lo transforma. Conviene recordar que:

“La Palabra de Dios es viva y eficaz,  
más tajante que una espada de dos filos,  
penetra hasta la unión del alma y el espíritu,  
de órganos y médula,  
juzga sentimientos y pensamientos.  
No hay criatura que escape a su mirada,  
todo está desnudo y vulnerable a sus ojos,  
y es a ella a quien habremos de dar cuenta”<sup>3</sup>.

Una riqueza indiscutible de estos tiempos es el re-descubrimiento y la práctica extendida de la **Lectio Divina** (Lectura Orante de las

3. Heb 4,12-13.



Sagradas Escrituras), sobre la cual hay mucho que aprender. Esta es la práctica de oración más venerada, la más recomendada, la que más educa e interpela. Ella encuentra sus raíces más remotas en la Sinagoga –Jesús la practicó– y ha sido reelaborada desde la experiencia del Señor Jesucristo, de su encarnación y su muerte y resurrección. Por eso, toda pedagogía juvenil –y más su espiritualidad– debe incluir esta práctica que va más allá del ver-juzgar-actuar y celebrar, y mucho más allá de la revisión de vida o el simple comentario de evangelio. No las excluye: las enriquece, las vitaliza.

Si quisiéramos internarnos por este camino, el Cardenal Martini lo practica en todos sus escritos y lo expone brevemente en “el evangelio de la Alegría”. El P. Carlos Mesters lo ha cultivado y enseñado especialmente en sus obras (Ediciones de la Casa de la Biblia que distribuye Verbo Divino). Por último, en la Colección Tercer Milenio (CELAM, 1996) se ha incluido el folleto del P. Fidel Oñoro –eudista colombiano– que explica e introduce con gran belleza la Lectio Divina a la luz de San Juan de la Cruz y propone esquemas para realizar esta Lectura Orante en comunidades y parroquias.

Una carencia imperdonable entre los católicos, y en muchas pastorales juveniles, es el desconocimiento de la Biblia. Una y otra vez he constatado que, a pesar de reuniones, jornadas, celebraciones y retiros, después de varios años de Pastoral Juvenil, es raro encontrar a un joven que haya leído entero siquiera un evangelio y para qué decir el Nuevo Testamento. Esto es algo inquietante, pues cuando los jóvenes conocen la Palabra, indefectiblemente, se enamoran de ella. Y sabemos que, como lo enseña San Jerónimo, “ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo”<sup>4</sup>...

### **2.1.3 La experiencia de la cruz**

Junto a la Palabra siempre debe estar presente la experiencia de la cruz. De lo contrario, la experiencia mística no es cristiana ni toca la pregunta esencial de todo ser humano: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el sufrimiento? O Dios es impotente, o Dios se desentiende o, peor aún, es sádico, pues goza con el sufrimiento de los suyos. Que

4. Cf. NMI 17,1.



lejos están estas miradas de la fe cristiana y de esa imagen tan tradicional del “trono de la gracia” en que aparece Dios Padre, con su rostro demacrado, sujetando en sus brazos la cruz en que su hijo es inmolado. Entre ambos siempre está la figura del Espíritu que conforta en la pasión y que revela el verdadero rostro de Cristo, el verdadero rostro de Dios.

La experiencia de la cruz se adquiere yendo en ayuda de quien sufre: enfermos, encarcelados, niños de la calle, inmigrantes, ancianos, impedidos... cuidando siempre de que las experiencias no superen la capacidad de asimilarlas de los jóvenes. Como en toda pedagogía, esto debe ser progresivo y debe incluir los procesos personales de los mismos jóvenes ayudando a enfrentar y asumir el contratiempo, la propia incoherencia, el dolor, los pequeños fracasos. Nosotros tendemos a ser paternalistas – o maternas – y a poner cojines antes que el porrazo duela. Y nadie llega a ser varón, si no se ha hecho alguna cicatriz; y nadie llega a ser mujer si no ha conocido el dolor de toda abnegación. Es necesario pues, y por amor, que los jóvenes aprendan a sacrificarse por lo que creen y por lo que aman.

Es común que entre asesores y asesoras se tienda a sobreproteger a los jóvenes de sus grupos - “mis niños”, como a veces impropriamente los llaman – y que sean los primeros en protestar si la comida no estuvo tan buena o si hubo que pasar incomodidades o dormir a la intemperie. ¡Bienvenidos todos esos pequeños contratiempos! Son ocasiones providenciales y pedagógicas para aprender la reciedumbre, el aguante, y desterrar la murmuración y la quejumbre. Más aún, son ocasiones providenciales para descubrir la gracia sanante de la cruz. Hay que recordar que el evangelio cristiano es un evangelio de salvación, de redención, y que la pedagogía de Dios supone un camino de crecimiento esperanzado y de alegría en la adversidad.

Si esto ha sido necesario en todo tiempo –y se ve con claridad en la vida de los santos y santas– en esta época es aún más necesario. Hemos desterrado del vocabulario las palabras abnegación, servicio, sacrificio... todas ellas muy cristianas. Y son pocos los que enseñan qué hacer con los fracasos... con las cosas que no resultan... con las decepciones... todas ellas parte de la vida. No hay que olvidar que vivimos en una época que gusta formar triunfadores y a alejar todo



dolor posible de la vida. Nosotros también queremos triunfadores, pero al estilo de Jesús. Y el mayor triunfo es aprender a asumir la hora de la cruz: entonces y sólo entonces hay resurrección.

En la Iglesia consideramos que los grandes triunfadores son los santos, héroes de la fe. De hecho, en los procesos de canonización, para declarar que alguien califica para ser santo, debe demostrarse que tuvo una “virtud heroica”. Es decir, la fe, la esperanza, la humildad, el amor, la sencillez, la sobriedad... pero en un grado de heroicidad. Por eso, el verdadero cristiano es intenso en su vida, desafiante en la historia, audaz en sus propuestas: es el gran triunfador en la historia porque, abrazado de la cruz, puede exhibir el gozo de la resurrección.

### **2.1.4 Una moral consecuente y atrayente**

La moral cristiana es inseparable del encuentro con Cristo, que precisamente se propone como “camino de conversión, de comunión y de solidaridad”<sup>5</sup>. Es decir, la moral cristiana siempre presupone una relación de amor, una relación personal. De lo contrario, se reduce a la ley. Pero, como bien sabemos, en la cultura contemporánea no es fácil hablar de moral: preferimos hablar de valores. Ni es fácil para la Iglesia precisar públicamente la moral, pues inmediatamente surgen las voces que hablan de intromisiones indebidas, tanto cuando se trata de lo sexual, de la vida, de la familia, como cuando se refiere a los derechos humanos o a la justicia social y penal.

Un camino posible, en la moral personal, es aprovechar el mismo lenguaje de la sensibilidad corporal, enseñando la presencia de la conciencia moral que habla en todo el cuerpo y no sólo en el oído medio, como si allí habitara la conciencia. La incoherencia, la incomodidad, la culpa, tienen siempre expresiones corporales que hay que saber escuchar sobre todo en un buen discernimiento. Y más allá, hay que ayudar a conocer el “interno sentir”, muy propio de los Ejercicios Ignacianos, desde donde el Espíritu habla con mucha nitidez. Así podemos ayudar a *pasar de las sensaciones a las convicciones*.

---

5. Cf. Título y programa de Ecclesia in America, Ciudad de México, 23 de enero de 1999.



Sin embargo, abandonados a su arbitrio, estos caminos se pueden confundir con el subjetivismo que no siempre acierta bien, menos aún en causa propia. Para ello viene en nuestra ayuda la Palabra de Dios, el Catecismo de la Iglesia, la enseñanza social. Y ahí – siempre cuidando de no caer en moralismo – hay que hablar con toda claridad, inspirados en la palabra, el gesto, la actitud y la voluntad de Jesucristo. ¿Qué dice Cristo del evangelio de la Vida, del evangelio de la justicia, del evangelio de la sexualidad, del evangelio de la familia? O bien, ¿qué hacer para que nuestra sexualidad, nuestra vida, nuestra familia y nuestra sociedad se conviertan en un *evangelio*? O, en palabras del Padre Hurtado: “¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?”.

Los jóvenes pueden protestar, pero saben acoger. Tampoco a ellos les gusta la vida a medias tintas ni son amantes de la mediocridad. Lo que rechazan es la mera imposición o la norma que no se sustenta en una razón. Hay que enseñarles, pues, que la íntima unión entre la ley y la conciencia, leídas a la luz del Espíritu de Dios, es siempre el mejor camino para actuar según el evangelio.

Sé muy bien que no se trata de una pedagogía fácil, menos aún cuando tenemos que lidiar con nuestros propios “tejadados de vidrio”... Ellos también lo saben. Pero es claro que no podemos contribuir a la anomia y menos aún a separar la vida del evangelio, como muchos lo pretenden, en los temas que dividen a nuestra sociedad. A nosotros nos interesa formar personas íntegras con personalidad propia, arraigada, profunda, y con actitudes interiores estables que les ayuden a optar por el camino de Jesús. Nos interesa formar en una moral atrayente y liberadora, como es la del Señor.

En palabras del reciente magisterio, se trata de aprender a vivir con “el estilo de Jesús”<sup>6</sup>, el que incluye una vida sobria, sencilla, volcada hacia los demás, especialmente hacia los más pobres. Esto último es especialmente sensible para los jóvenes que, gracias a Dios, participan con generosidad en experiencias de servicio, en visitas nocturnas a los habitantes de la calle, y se presentan voluntariamente a trabajos solidarios... Sin embargo, hay que tener presente que carecen de formación social y política y, como la mayoría de los

6. Cf. EAm 28b, 67; NMI 49; 50,3; 52.



católicos, desconocen la Doctrina Social de la Iglesia que hoy ofrece caminos originales a este mundo asfixiado por el culto del mercado.

Se trata, en definitiva, de proponer el ideal que consiste en “imitar la santidad de Dios... prolongando su amor en la historia, especialmente con respecto a los pobres, enfermos e indigentes”<sup>7</sup>. De esta manera, la santidad es una “urgencia pastoral”, ya que “sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”<sup>8</sup>. Para esto se requiere de una “pedagogía de la santidad verdadera y propia, que se adapte a los ritmos de cada persona”<sup>9</sup>.

## **2.2 La Iglesia, casa y escuela de la comunión**

El encuentro con Cristo es camino de conversión a la comunión y por eso nos abre al misterio de la Santa Trinidad. Él nos introduce de lleno en “el proyecto magnífico de Dios”<sup>10</sup> que es la comunión. Y llama poderosamente la atención la certeza que hoy tiene la Iglesia respecto de su aporte a la humanidad: a Ella no le cabe duda que lo más original que tiene que aportar al mundo de hoy es precisamente la *comunión*. Lo dice el Papa desde Roma y lo dicen al unísono los sínodos de las Iglesias locales. Esa es su gran profecía en tiempos en que campea el individualismo y la gran parábola que tiene que escribir con la tinta indeleble de su vida. Por lo tanto, la espiritualidad de la comunión es mucho más que una línea o una prioridad pastoral: es *el gran desafío* que tenemos en el milenio que comienza. Y éste consiste en “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”<sup>11</sup>. De ahí que una espiritualidad cristiana para estos tiempos deba incluir, decididamente, la espiritualidad de comunión que el Papa establece como “el principio educativo” de todo lugar en que se forme la persona humana y el cristiano<sup>12</sup>.

7. EAm 30.

8. NMI 31,2.

9. NMI 31,3.

10. EAm 33,1.

11. NMI 43.

12. Cf. NMI 43,2.

Este desafío toca de lleno al trabajo con los jóvenes, pues no se puede concebir una auténtica Pastoral Juvenil sin un proceso comunitario pedagógico y progresivo. Ser cristiano hoy y siempre presupone una comunidad y apunta hacia la comunión. Por eso, los caminos sugeridos en estas reflexiones no son individualistas: tocan el núcleo de la personalidad y de ahí que sean caminos para recorrer en comunidad. La santidad requiere necesariamente de la ayuda de otros, del trabajo en común, de la búsqueda compartida, de la amistad sincera. Y en estos tiempos, marcados por el individualismo, una forma de ser signos de contradicción –como Jesús– es contrarrestando las corrientes privatizadoras de la religión, constituyendo comunidades de vida que en la oración, la amistad y el apostolado, encarnen el evangelio de Jesús en el siglo XXI.

En este empeño es maestra la *Novo Millennio Ineunte*. Ella propone con fuerza y lenguaje original la espiritualidad y la pedagogía de la comunión<sup>13</sup>. Esta espiritualidad se basa en “la mirada del corazón” hacia la Santa Trinidad que habita en cada ser humano. Nos lleva a sentir al hermano en la fe como uno “que me pertenece”, para compartir con él la vida, y para acoger y valorar “ante todo” lo que hay de positivo en el otro, “como un bien para mí” y no sólo para quien recibe el don. Nos enseña a “dar espacio” al hermano, “llevando mutuamente las cargas de los otros”<sup>14</sup>. Esos mismos pasos señalan la pedagogía para lograrla y nos introducen de lleno en una espiritualidad luminosa, actual, propositiva, exigente, encantadora.

Esta espiritualidad, como todo lo que viene del encuentro con Cristo Vivo, no se queda encerrada en el seno de la comunidad eclesial. Si es auténtica ésta se proyecta a la sociedad. Es el aporte de la Iglesia al mundo –comunión para la misión– y debe expresarse también dando originalidad a la globalización de la solidaridad. En palabras del Papa esta es “la hora de una nueva imaginación de la caridad” que promueva no tanto ni tan sólo la eficacia de las ayudas prestadas sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quienes sufren<sup>15</sup>.

13. NMI 43.

14. Cf. NMI 43.

15. Cf. NMI 49.



Leo estas palabras viendo los rostros juveniles que ofrecen sus manos para compartir, sus fuerzas para construir viviendas y limpiar las secuelas de los temporales, su generosidad para compartir por las noches un poco de amistad y una taza de café con los mendigos. Leo estas palabras y sueño con una nueva generación formada en la Iglesia que se comprometa en proyectos sociales para dar un nuevo rostro al servicio social, a la política, al bien común.

Y, en el interior de la Iglesia, veo la urgencia de priorizar la pastoral vocacional “amplia y capilar”, que acoja con amplitud la diversidad de dones que el Espíritu despierta para el servicio de la Iglesia y de la sociedad. No es sólo el cultivo de las vocaciones ministeriales y consagradas: es antes el despertar de “una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la entrega total de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino”<sup>16</sup>.

Hay que tener presente que, en este y otros documentos recientes, el Papa recurre a términos como *escuela y pedagogía* para señalar nuestra labor. Así, por ejemplo, se habla de “pedagogía” de la santidad<sup>17</sup>, de las comunidades cristianas como “escuelas de oración”<sup>18</sup> y de la Iglesia como “escuela” de comunión. Es que el encuentro con Cristo y su seguimiento es y será siempre un “discipulado”. Y estos discipulados son especialmente válidos para la Pastoral Juvenil, que siempre será Pastoral Vocacional, al tiempo en que es una pastoral de iniciación cristiana, con profundo sentido social y misionero.

En todos estos pasos, como en los capítulos precedentes, dedicados al encuentro con Cristo, al cultivo de la Palabra y al sentido de la cruz, siempre tendremos junto a nosotros a María, la joven Virgen de Nazaret, la primera cristiana, icono de la Iglesia santa y esperanzadora.

Ella es quien primero acoge a Cristo Vivo en su seno, quien sabe guardar la Palabra y rumiarla en su corazón. Es la mujer que se

---

16. NMI 46,2.

17. NMI 31,3.

18. NMI 33,3.



hace fuerte al pie de la cruz y que en el Magnificat nos hace pregonar la Eucaristía. Ella es quien, con su silencio, su presencia y su enorme capacidad de amar, mantiene unidos a los apóstoles a la espera del Espíritu. Su persona y su testimonio no pueden estar ausentes de la vida de los jóvenes a quienes seduce con su encanto y acoge en las inevitables decepciones que deprimen la vida juvenil. Ella, más que nadie, es la puerta de entrada a la Resurrección de su Hijo Jesucristo y de cada uno de sus hijos y sus hijas que aspiran a renacer a lo largo de la historia.